



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



028-05

LA LIBERTAD DEL CRISTIANO

Jacques Maritain

Transcripción correspondiente al capítulo V del libro 'Cuestiones de Conciencia' de 1935.

¿Por qué el cristiano es libre en el mundo? Es libre porque está atado, atado a lo que no es del mundo. Estamos atados al Evangelio, y el Evangelio anuncia el reino de los cielos. En la raíz de todos nuestros problemas está el problema del Evangelio y del mundo. Este problema no tiene ninguna solución de tranquilidad; no hay más que una solución de movimiento y de dolor: el desgarramiento y la cruz de contradicción. Creer que el mundo va a resumirse en el Evangelio y convertirse en un paraíso de bondad es creer en una solución de reposo – optimista – que es una gran mentira. Creer que el mundo es impermeable al Evangelio y debe ser abandonado al diablo es creer en otra solución de reposo – pesimista – que es también una gran mentira. El mundo entero yace en el mal, dice San Juan; y sin embargo, Dios amó tanto al mundo que le dio su hijo único.

¡Qué paradoja! Es que, en verdad, el mundo tiende a la vez hacia el bien y hacia el mal. En los momentos en que los dolores del Mesías son más vivos es cuando, invisiblemente, es más segura su victoria. Este mismo mundo donde se prosigue sin cesar un movimiento de descomposición y de perdición – en la medida en que es mundo, cerrado sobre sí mismo y rebelde al rocío divino – este mismo mundo, por un movimiento inverso de creación y de integración, prepara – en la medida en que se abre a las influencias divinas – el advenimiento final del reino de Dios y marcha a su encuentro. Mientras que el desgaste del tiempo disipa y degrada naturalmente las cosas de este mundo y la energía de la historia, las fuerzas creadoras propias del espíritu y la libertad, que son su prueba, y que normalmente tienen su aplicación en el esfuerzo de algunos – destinados por lo mismo al sacrificio – aumentan cada vez más la calidad de esa energía. He aquí el trabajo de los hijos de Dios en la historia, he aquí el trabajo de los cristianos, si no mienten este nombre.

No comprenderá nada de este trabajo quien imagine que pretende poner al mundo en un estado del que hubieran desaparecido todo mal y toda injusticia; después de lo cual, y considerando el resultado, es muy fácil condenar estúpidamente al cristiano como utopista. La tarea del cristiano consiste en mantener y aumentar en el mundo la tensión interna y el movimiento de lenta y dolorosa liberación, debidos a las invisibles potencias de verdad y de justicia, de bondad, de amor, activas en la masa que se les opone; y esta tarea no puede ser vana, da seguramente su fruto. ¡Pobre del mundo si los cristianos se apartan de él, si dejan de hacer su obra, que es elevar la carga y la tensión de lo espiritual, si escuchan a los ciegos conductores de ciegos que buscan, en lo que de suyo va a la disolución y a la muerte, los medios del orden y del bien! No nos hacemos ninguna ilusión sobre la miseria de la naturaleza humana y la malicia del mundo. Pero tampoco nos hacemos ninguna ilusión sobre la ceguera y la malignidad de los seudo-realistas que cultivan y exaltan el mal para luchar contra el mal, y que toman el Evangelio como un mito decorativo que no se podría tomar en serio sin descomponer la máquina del mundo. Ellos mismos, mientras tanto, hacen lo que pueden por arruinar, enloquecer y desesperar a este desgraciado mundo.

He dicho que la humanidad progresa a la vez en el bien y en el mal. Si quisiéramos *hacernos los vivos*, como decía Péguy, y aparentar tener razón según la opinión del público y en la hora que pasa, lo que señalaríamos a cada momento sería el aspecto malo y negativo de la historia; anunciaríamos el mal, entretendríamos en nosotros y a nuestro alrededor la desconfianza en el trabajo de los hombres: y las apariencias del momento, en general, justificarían esa prudencia. Pero si meditamos en la verdad oculta y en lo que dura y vale más allá del momento, retendrá más nuestra atención el aspecto positivo y fecundo de la historia, y confiaremos en el esfuerzo de los hombres, no por ingenuidad, sino pensando en lo que Dios hace por ellos a pesar de ellos. Y la realidad, tal como aparecerá *más tarde*, ha de justificar esta confianza.

Por ello, dondequiera haya un esfuerzo de buena voluntad auténtica, es natural que esté allí el cristiano, pronto a ayudar en el trabajo de los hombres y en el bien de la comunidad, Si hay cristianos que hacen de la *mala voluntad* con respecto a los otros la primera regla de su prudencia, no son libres. Son prisioneros del temor, o lo que es casi lo mismo, del deseo de dominar, o de la necesidad de probarse a sí mismos que no son iguales a los otros hombres, y como ese publicano...

II

El mundo que tenemos ante los ojos nos ofrece el espectáculo de una inmensa liquidación. Vemos en él, llevadas a su máxima exaltación, fuerzas históricas contrarias que revelan, bajo formas opuestas, un mismo desprecio del Evangelio y cuyos errores más típicos ha condenado la Iglesia.

Lo que ha preparado nuestras desgracias ha sido, por una parte, el materialismo práctico de un mundo que ha traicionado su misión de incorporar al orden temporal un reflejo de esa justicia que se nos ordena buscar *ante todo*; que ha explotado, para la acumulación de riquezas, las fuerzas vivas del hombre; que ha aceptado la miseria. y se ha nutrido de ella, y que, cuando llega por lógica interna al borde de la catástrofe, desenmascara su faz ebria de violencia y no encuentra otra solución para salvarse que la de sacrificar la sustancia humana a la adoración del Estado, de la Sangre y de la Raza.

Y es por otra parte una idolatría del hombre y de lo social que comenzó con todas las ilusiones del racionalismo y del individualismo, y del culto por la naturaleza humana que se suponía esencialmente buena, a la manera de Dios; y que termina, en definitiva, por suprimir lo más humano que hay en el hombre y la sociedad – los valores esenciales de la persona – y por rechazar y detestar, como enemigo de la felicidad del hombre, a todo lo que trae un reflejo del rostro de Dios y una esperanza más sobre la tierra, y por desorganizar, finalmente, la sustancia humana hasta sus fibras más íntimas, para que se haga dócil como un guante a la voluntad de sus amos, llámense éstos el Partido o el Padre de los Pueblos, o los demonios de nuestro desgraciado corazón.

El cristiano que contempla estas cosas sabe que está aquí para obedecer a Dios antes que a los hombres; sabe que del odio y de la mentira no hay nada bueno que esperar, ni para la religión ni para la ciudad. Comprende que entre las innumerables causas que han arruinado al mundo moderno, una de las más decisivas ha sido el dualismo, la disociación entre las cosas de Dios y las cosas del mundo. Éstas, como lo observábamos en el capítulo precedente, han sido abandonadas desde hace siglos a su propia ley carnal, sustraídas a las exigencias del Evangelio. El resultado es que se han vuelto cada vez más *invisibles*. Al mismo tiempo, la moral cristiana, no practicada *realmente* en la vida social de los pueblos, se convertía, con respecto a las cosas de este orden – no digo en sí misma ni en la Iglesia, sino en el mundo – en un universo de fórmulas y de palabras; y este universo de fórmulas y de palabras se encontraba efectivamente avasallado, en el comportamiento práctico de la cultura, por las energías reales de ese mismo mundo en vías de apartarse de Cristo.

Esta servidumbre de la ideología cristiana a una práctica anticristiana es una de las raíces más profundas de los males presentes. He aquí lo que el cristiano está llamado a combatir sin cesar. Un desorden tal no puede ser curado sino por una renovación de las más profundas energías de la conciencia religiosa que afloren a la existencia temporal, por un despertar de sus fuerzas creadoras, por las potencias de resurrección espiritual y social de que el hombre no se hace capaz por gracia del Estado, ni de ninguna pedagogía de partido, sino por un amor que fije el centro de su vida infinitamente por encima del mundo y de la historia temporal. La paganización general de nuestra civilización ha tenido por efecto que los hombres pongan su esperanza en la sola fuerza y en la eficacia del

odio; pero el cristiano sabe que, en la verdad de las cosas, la única posibilidad de preservar para el porvenir el germen de una regeneración social y temporal auténtica, consiste en mantener, en el pensamiento y en la acción, el sentido de la dignidad de la persona y el ideal heroico del amor fraternal. Cuanto más se desconozcan estas verdades tanto más necesario es afirmarlas.

III

Así, pues, el cristiano debe estar presente en todas partes, y permanecer en todas partes libre. Su libertad es una libertad enrolada. Henos aquí también frente a una paradoja, la de la trascendencia y la inmanencia del cristianismo. Podría decirse que una cierta división de funciones se produce en esta materia entre el clero y el laicado, y que corresponde preferentemente a los laicos manifestar la inmanencia del cristianismo, hundiéndose en las cosas del siglo y obrando en ellas como cristianos; y preferentemente a los sacerdotes manifestar la trascendencia de la religión, consagrándose al servicio de las almas y del reino de Dios y guardándose, como de la peor desgracia que les podría ocurrir, de supeditar su misión sagrada a hombres empeñados en explotar lo más santo que existe para sus facciones, sus intereses y sus guerras.

Es de todos modos verdad que, de una manera o de otra, corresponde a cada uno en su orden afirmar, a la vez, la trascendencia y la inmanencia de la fe cristiana. Pues sin hacer por esto política, la Iglesia puede tener que juzgar las cosas políticas, económicas y sociales y que intervenir en nombre de la moral de Jesucristo. Si los laicos cristianos, por otra parte, deben actuar en lo más profundo del mundo y de los negocios del siglo, tratados según sus finalidades propias, será sin comprometer otra cosa que sus personas y sus iniciativas personales, y teniendo sumo cuidado de no herir ni disminuir la trascendencia del cristianismo con respecto a las causas temporales, por más caras que éstas les sean.

Es preciso agregar que, en el estado actual del mundo, una parte importante de la labor de los cristianos consiste en romper las solidaridades ficticias que la imperfección de nuestra naturaleza y las rutinas psicológicas y sociales han establecido entre la religión y ciertas formaciones sociológicas, intereses y reflejos

de clase y estructuras económicas que no tienen nada de cristiano, pero que quisieran que se las confundiese con la civilización cristiana; o entre la religión y cierta imaginiería caduca, que se relaciona con los recuerdos de una forma particular de civilización cristiana que representó antaño el régimen medieval, pero que no ha agotado la fecundidad de la savia cristiana y que deberá ser suplantada por formas nuevas,

¡Ay!, cuando ese enfeudamiento maléfico, cuando esa sujeción de la religión al mundo se rompe en un punto y recomienza en otro, ya hay que quebrarla otra vez y siempre.

En nuestro país, la obra de liberación de los valores espirituales se cumple providencialmente, no sin trabajo, pero tampoco sin eficacia, gracias al apoyo de un episcopado altamente inspirado. Contra viento y marea, el Papa defiende la libertad de la Iglesia. Pero no es menos cierto que esta libertad está cruelmente coartada en muchos países; sabemos todos, para no hablar más que de Europa, qué trabajo sistemático de exterminio de la religión se realiza en Rusia desde hace veinte años; qué destrucciones furiosas, qué matanzas de sacerdotes y de fieles se produjeron en España, al día siguiente de la insurrección militar; qué persecución despiadada, qué odio contra el espíritu cristiano instituye en Alemania el aparato del Estado.

Uno de los más grandes y no menos trágicos problemas que se plantean hoy en el universo es saber si es *el espíritu de Cristo* o *el espíritu del mundo* el que animará y dirigirá, en el drama que actualmente sufre la civilización, el pensamiento temporal y la acción temporal de muchísimos cristianos. “Oyendo a ciertos católicos – escribía el Cardenal Arzobispo de Lisboa, en su mensaje de Navidad de 1937 –, uno puede preguntarse si han formado sus corazones en el corazón de Cristo compasivo y bueno, o en el corazón del César pagano. Su formación política parecería estar inspirada en las máximas de Mahoma: espíritu sectario, más abierto al interés de partido que al de la verdad, ausencia del don de simpatía, parcialidad de juicio, orgullosa dureza de corazón y sentimientos hostiles de violencia”. En este mismo texto, que es un gran testimonio de libertad cristiana, el patriarca de Lisboa escribe también: “El mensaje de la Iglesia es de paz y amor. La paz que la Iglesia preconiza, como la de Cristo, no es la paz del mundo. La falsa paz del mundo es muchas veces la opresión tiránica de la verdad,

de la justicia, de la conciencia y de la libertad. Es el desorden establecido por la fuerza, que maltrata a la persona humana, destruye las leyes divinas de la familia y oprime a la Iglesia. Los regímenes totalitarios, que absorben la personalidad humana, tienden a establecer esta paz monstruosa”.

Nunca la amenaza de una opresión universal del espíritu ha sido mayor que en los tiempos actuales. Nunca los hombres han estado más próximos a perder el sentido de la verdad. ¿Y si esta libertad se pierde, qué será de las otras? Dondequiera que volvamos los ojos, sea hacia los campos de concentración alemanes, donde sufren pasión tantos sacerdotes católicos y pastores protestantes; sea hacia Austria, donde el derecho de gentes acaba de ser tan perfectamente pisoteado; sea hacia Moscú, cuyos recientes procesos nos revelan lo que puede resultar el hombre cuando ya no hay verdad para él, sino el decreto de la conciencia colectiva del partido y el fin que ha de obtenerse por cualquier medio; sea hacia la desgraciada España que nos muestra los nulos beneficios espirituales y temporales que pueden alcanzarse por la guerra civil, y en la que acaso lloraremos mañana una nueva ruptura del equilibrio político en la estructura de Europa; sea hacia China, donde la matanza de multitudes inocentes nos indica qué es lo que hay que entender hoy por defensa de la civilización; en todas partes la violencia y la amenaza de nuevas violencias. Pero sabemos también que, contra las fuentes profundas de esos peligros y contra la amenaza universal de que son objeto la persona y el espíritu, la libertad cristiana es una de las últimas esperanzas del ser humano.

Esta libertad fue la que Juan Sobieski, en 1683, salvó de los turcos, a las puertas de Viena. Hoy es la cruz gamada la que ha entrado en Viena. La caída total de Austria tiene el valor de un signo histórico de extraordinaria importancia. Si la libertad católica pierde sus últimas ciudadelas y baluartes del Este es quizás porque llegan para ella los tiempos en que tendrá que pedir exclusivamente su fuerza a los medios pobres del amor y de la caridad.

Si consideramos el horrible panorama que hoy ofrecen las naciones nos vemos obligados a certificar esto: que el espíritu está humillado hasta el centro de la tierra. A decir verdad, está castigado por sus propias faltas. Lo que hoy toma ferozmente el desquite contra él son las fuerzas de vitalidad, animales pero elementales, que lo castigan por haber faltado demasiado tiempo a sus deberes

y a las realidades humanas. No hay otro recurso para el espíritu que descender con la inteligencia del amor a lo más profundo de esas realidades elementales.

Así es cómo germinará quizá más tarde una nueva cristiandad. No renunciaremos nunca a la esperanza de una nueva cristiandad, de un nuevo orden temporal con inspiración cristiana. Para el advenimiento futuro de dicho orden temporal se plantean desde ahora dos condiciones, sobre cuya importancia no nos cansaremos de insistir.

La primera atañe a lo que hemos llamado la reintegración de las masas. Si es cierto que el gran escándalo del siglo XIX, para usar la frase del Papa Pío XI, fue el divorcio entre las multitudes obreras y la Iglesia de Cristo, si es cierto que su reintegración espiritual, su vuelta a la cristiandad, es una exigencia primaria de la salvación de la civilización, claro está que hay que ir hacia esas multitudes no con la amenaza y la violencia, sino con el amor, con el amor más fuerte que la muerte, con el fuego que Jesucristo vino a encender sobre la tierra. Para que el pueblo exista con Cristo los cristianos deben existir con el pueblo.

Una tragedia semejante ha sido, en el orden temporal, la escisión moral de las masas obreras con respecto a la comunidad política. El despertar, en esas masas, de lo que el vocabulario socialista llama la conciencia de clase nos parece una conquista muy valiosa, en cuanto vemos en ella la conciencia de una dignidad humana mucho tiempo ofendida y humillada, y la conciencia de una vocación; pero ha surgido ligada a una catástrofe histórica, en la medida en que la adquisición de esa conciencia ha sido estropeada por el mesianismo de desesperación y de guerra social que yace en el fondo de la idea marxista sobre la lucha de clases y la dictadura del proletariado; concepción *secesionista*, cuyo protagonista fue Marx, concepción que pide a los proletarios de todos los países que no reconozcan otro bien común que el de la clase y al que fueron precipitadas las masas obreras en el siglo XIX por la ceguera de las clases poseyentes.

Al problema de la reintegración temporal de las masas se le da una solución artificial e ilusoria cuando por medio de la coerción, por el adiestramiento y por los mitos de propaganda, unidos a mejoras materiales, excelentes, por lo demás, en sí mismas, y por medio de una solitud psicotécnica, destinada a satisfacer y amortiguar los apetitos, se trata de

fabricar, como en la Alemania nacional-socialista, esclavos felices. Por más difícil, lenta y dolorosa que sea la reintegración del proletariado a la comunidad nacional – no para ejercer en ésta una dictadura de clase, sino para colaborar, tanto de corazón como de cuerpo, en la obra de la comunidad – no se realizará *realmente*, es decir, *humanamente*, sino por una refundición de las estructuras sociales hecha con espíritu de justicia y que lleve verdaderamente más allá del capitalismo; no caeremos en la ingenuidad de creer que esta reintegración pueda producirse sin choques y sin sacrificios (de un lado, para los privilegios de los beneficiarios de la fortuna, del otro, para las teorías y los instintos destructores de los fanáticos de la revolución). Pero estamos persuadidos de que requiere ante todo la libre cooperación de las élites obreras, así como de las masas que las siguen; esto, dentro de una mejor comprensión general de las realidades históricas, y en una conciencia no obliterada, sino acrecida, de la dignidad del ser humano.

La segunda condición atañe al problema de los medios. Si es cierto que los medios deben corresponder al fin, y son ya el fin mismo en estado de camino y de preparación, es claro entonces que para preparar un orden social cristiano se precisan medios cristianos: esta palabra no designa solamente a los medios religiosos o sobrenaturales, (medios propios del reino de Dios), sino que designa también medios naturales y políticos (medios propios de la ciudad terrestre), medios de trabajo temporal, de paciencia y de energía, que sean conformes a la verdad, a la justicia, al honor, y que, aun en los actos necesariamente rudos, muestren un sentido real de la generosidad y del respeto a la persona humana redimida por la sangre de Cristo. En tres libros anteriores hemos insistido ya largamente sobre estas verdades axiomáticas. [1]

Nada hay más grave y más escandaloso que ver, como lo vemos desde hace algunos años en ciertos países, medios inicuos y bárbaros empleados por hombres que invocan el orden cristiano y la civilización cristiana. El ejemplo dado por los aviones que bombardearon Guernica y Granollers no es un *buen ejemplo*; al mismo tiempo que mataban niños y mujeres herían perdurablemente la conciencia humana.

1 Religion. et culture (1930); Du. régime tem.porel et de la liberté (1933); Humanisme intégral (1936).

También Aldous Huxley ha denunciado esta locura que consiste en querer procurar fines buenos por medios malos; Henri de Mann ha explicado que el fin está ya preformado en los medios. ¿Comprenderán al cabo los cristianos? Que la cristiandad se hará por medios cristianos o se deshará completamente es una verdad inscrita en la naturaleza de las cosas.

¡Si se ensayara al menos por una vez! ¡Si se tuviera por una vez confianza en Dios! ¡Si en este orden de actividades naturales, de fines y de medios naturales que es el orden de la vida social y política, y que exige toda la energía, toda la prudencia y toda la técnica del realismo, del *verdadero realismo de la razón*, se dejara a las cosas divinas – que no destruyen, sino que sobrelevan las cosas humanas – y al realismo, *el verdadero realismo de la justicia de Dios y del amor*, que desplegaran plenamente sus potencias de discernimiento y vivificación y esa fuerza de espíritu que sólo poseen los que creen en el espíritu!

Una de las más graves enseñanzas que nos aporta la experiencia de la vida es que, de hecho, en el comportamiento práctico de la mayoría, sin amor y buena voluntad, todo lo que de suyo es cosa buena y muy buena – la ciencia, los progresos técnicos, la cultura, etc., y hasta el conocimiento de las reglas morales y también (como lo han demostrado, en la guerra civil de España, los sentimientos inhumanos que, surgidos tanto en uno como en otro bando, se encontraban, entre los partidarios de la guerra santa, afirmados en el santuario del alma) la misma fe religiosa, la fe en Dios vivo, la fe que llama al amor – todo esto, sin amor, vuelve a los hombres más malos y más desgraciados: porque sin el amor y la caridad el hombre convierte en malo todo lo mejor que existe. “¡Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles!. .. Aunque tuviera también toda la fe, hasta transportar montañas, si no tengo caridad, no soy *nada*”. [2]

El que ha comprendido esto sólo pone su confianza aquí abajo en la buena voluntad de que habla el Evangelio, en esas fuerzas oscuras con un poco de verdadera bondad que se obstinan en hacer germinar y regerminar la vida en lo más secreto de las cosas.

2 San Pablo. I Corinto XIII, 1-2.

Nada hay más pobre y más escondido, nada más próximo a la debilidad de la infancia. Y no hay tampoco sabiduría más profunda y más eficiente que esta simple y tenaz confianza, no en los grandes medios de fuerza, de astucia y de malignidad que triunfan en seguida y que un grano de arena basta para que se rompan unos contra otros, sino en los recursos del coraje personal de darse uno mismo y de la voluntad aplicada en todas partes, en el apostolado espiritual y en la actividad social como en la vida privada, de cumplir rectamente las tareas cotidianas: porque por esta infancia pasa la fuerza de la naturaleza y del autor de la naturaleza. Y a veces, en ciertas horas privilegiadas de la historia, después de las preparaciones y maduraciones naturales, sin las que no se hace nada bueno, y en ciertos hombres que cosechan lo que otros han sembrado, ocurre que el espíritu de infancia recibe la autoridad y el mando.

La libertad del cristiano no exige solamente que *juzgue* las cosas temporales y las obras del mundo y que *testimonie* en medio de ellas, sino que actúe también sobre ellas por medios dignos del nombre que lleva y del Dios a quien ama.

